

## REFLEXIONES SOBRE LA POLITICA EXTERIOR DE LA UNION SOVIETICA

HANS J. MORGENTHAU

**L**A serie de reuniones de Jefes de Estado y Primeros Ministros, iniciada con la visita de Kruschew a los Estados Unidos en septiembre de 1959, ha hecho concebir esperanzas, que pudieran frustrarse si no se incluye en el conjunto de relaciones entre Oriente y Occidente. Ha ocurrido un cambio en las relaciones internacionales, pero ¿en qué consiste? Para contestar a esta pregunta es preciso, ante todo, evitar caer en el error tradicional de las democracias —que, desde el tiempo de los griegos, confunden el deseo de paz con su realidad— y no proceder a un desarme unilateral ante un enemigo agudo y astuto. Para evitar ese error es imprescindible aclarar lo que el enemigo se propone.

La novedad de la política exterior soviética, en sus fines y en sus métodos, es el hecho más destacado de la presente etapa de las relaciones entre el Soviet y los Estados Unidos, diferente del pasado. Su origen y su, hasta ahora, afortunada ejecución, son la aportación histórica de Kruschew al crecimiento de la Unión Soviética como potencia mundial y del comunismo como movimiento igualmente mundial. La política exterior de Kruschew significa una ruptura decisiva con la política exterior de Stalin y regresa, al menos en sus fines, a la concepción leninista del papel de la Unión Soviética y del comunismo en la política universal. Kruschew ha marcado nuevos métodos para conseguir los propósitos de Lenin y su viaje a los Estados Unidos ha sido uno de ellos.

Lenin vio en el bolcheviquismo ruso el manantial doctrinal y político de la revolución mundial comunista y en el éxito de esa revolución la condición previa para la supervivencia del régimen bolchevique en Rusia. La doctrina marxista y la experiencia del bolcheviquismo ruso, a la luz de esa doctrina, le impusieron la convicción de la íntima relación entre el bolcheviquismo ruso y la revolución mundial, aquél apenas logrado, y ésta que habría de ser activamente preparada y esperada con optimismo. El bolcheviquismo ruso fue la "base" de la revolución mundial; ésta fue su función y su justifica-

ción históricas, en términos marxistas; como revolución mundial era su consecuencia inevitable y la garantía de su triunfo. Sobre esta base doctrinal la Unión Soviética se aseguró en los cinco primeros años, más o menos, de su existencia como orientadora e instigadora de una revolución violenta en todo el mundo.

La consolidación del bolcheviquismo en Rusia y el colapso del movimiento revolucionario mundial originaron la teoría de Stalin sobre "el socialismo para un solo país". La política exterior stalinista fue esencialmente tradicional en sus objetivos y, aunque otra cosa pudiera parecer, hasta en sus métodos. La sumisión de los partidos comunistas extranjeros a la Unión Soviética, según la doctrina de Lenin, se reforzó y justificó en relación a esa doctrina y las oportunidades de subversión y espionaje que proporcionó tal sumisión fueron fuertemente explotadas, aunque lo fueran con el más absoluto cinismo, como medios para los fines tradicionales del poder ruso. La política exterior rusa en la tercera y cuarta décadas del siglo, se ajustó a la tradición de la diplomacia clásica. La temporal colaboración con la Sociedad de las Naciones, la Alianza Franco-Ruso de 1935, el Pacto Molotov-Ribbentrop de 1939, la ayuda a Chiang Khai-Shek en la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias directas, la conquista de la Europa Oriental, los intentos de obtener un punto de apoyo en las costas orientales del Mediterráneo y del Irán y de incluir a toda Alemania en la órbita rusa, no tienen nada que ver con el comunismo y son la consecuencia de los objetivos tradicionales y de las técnicas de la política exterior rusa. La explotación de la lealtad de los partidos comunistas extranjeros ayudó a la Unión Soviética a alcanzar alguno de esos objetivos, pero ni la elección de esos objetivos ni los éxitos obtenidos, fueron determinados por el hecho de que el gobernante ruso que trazaba el plan y que aparecía como capaz de realizarlo, profesara la filosofía política del Comunismo y pretendiera actuar en su nombre. Esa es pues la paradoja de la política exterior de Stalin, de acuerdo con su sardónico sentido del humor; habló el lenguaje del marxismo-leninismo doctrinario y estableció su carismática jefatura alegando la pretensión de llevar a cabo las enseñanzas de Marx y Lenin en tanto que, de hecho, los objetivos y las técnicas de su política extranjera se fundaban, exclusivamente, en la tradición rusa de Ivan el Terrible y Pedro el Grande y únicamente se relacionaban con el comunismo en sus justificaciones ideológicas, aparte de los adelantos logrados en lo relativo a la eficacia técnica.

La política extranjera de Krushev es otra clase de paradoja. Mucho menos comunista doctrinario que sus predecesores, ha comenzado a intentar el triunfo mundial del comunismo, no como un he-

redero de Marx y Lenin, sino como un competidor pragmático de los Estados Unidos. Quiere hacer lo que Lenin y Stalin no lograron nunca: derrotar al triunfante país capitalista en su propio juego de logros tecnológicos y de producción. En la medida en que Krushev logra que se realice esta aspiración, la política extranjera de la Unión Soviética reviste una contextura ideológica distinta de los homenajes verbales que Stalin solía dedicar a la infalibilidad de Marx y Lenin. Esos homenajes tuvieron fundamentalmente el carácter de un ritual teológico. La verdad se encontraba ya confeccionada en las Sagradas Escrituras del Comunismo y superimpuesta sobre una realidad en la que trataba de ajustarse al lecha de Procusto de la doctrina tradicional. La verdad comunista de Krushev se deriva de una experiencia cuya realidad está fuera de toda duda y resulta verdaderamente impresionante: los adelantos logrados por los rusos en tecnología y productividad. Tales adelantos se atribuyen a la superioridad de la organización comunista de la sociedad.

En consecuencia el comunismo, como principio universal de organización social, ha obtenido como resultado de sus recientes éxitos, un prestigio que no podían darle ni el uso del marxismo que hizo Lenin, empleándolo como instrumento para el asalto al poder y su consolidación en él, ni el estéril ejercicio en teología dialéctica a que se entregaba Stalin. Los profetas comunistas, desde Marx a Stalin, se veían obligados a argumentar filosóficamente acerca del previsto triunfo del comunismo: la salvación comunista de la Humanidad tendría lugar inevitablemente en un futuro más o menos lejano. Krushev puede señalar lo ya acontecido como una testimonio de que aquella profecía era correcta.

Este cambio radical en las relaciones entre las promesas comunistas y las realizaciones comunistas, ha tenido como consecuencia otro cambio, también radical en la política exterior de la Unión Soviética. El imperialismo soviético, que en los tiempos de Stalin tenía que ser y era de carácter militar y limitado (ya que sólo en ese aspecto podía tener oportunidades), bajo la dirección de Krushev ha pasado a ser desmilitarizado e ilimitado. El nuevo imperialismo de Krushev no intenta conquistar el mundo ni con la fuerza de las armas ni con el evangelio de Marx y Lenin, sino con la capacidad tecnológica y productiva de la Unión Soviética. Y Krushev se propone dar esa batalla en tres frentes distintos. A las restantes naciones del mundo les presenta una Unión Soviética como modelo a imitar; especialmente a las naciones subdesarrolladas o neutrales. Intenta ampliar la esfera de influencia de la Unión Soviética por medio del comercio y de la ayuda exterior. Quiere reducir a los Estados Unidos a la si-

tuación de una potencia de segundo orden, superándola en productividad y tecnología.

Lo que Kruschew quiere no es conquistar el mundo por la fuerza de las armas o a través de la revolución mundial, sino a través del prestigio conseguido por la Unión Soviética, gracias a sus insuperados logros y a su poder invencible. En realidad, su política está estrictamente fundada sobre el prestigio de su país. Todo lo que aumenta el prestigio de la Unión Soviética y disminuye el de sus opositores, constituye por lo tanto un beneficio bien calculado de la política de Kruschew. Cuatro objetivos inmediatos de la misma quedan bien claros, teniendo en cuenta esta decisiva finalidad: la paz, la reducción de tensiones, el final de la guerra fría y las reuniones en la cima, bilaterales o multilaterales.

El problema de la guerra y de la paz ha sido planteado por la Unión Soviética de un modo coherente, en términos a la vez falsos y ventajosos para ella. Está claro que un gobierno, aunque esté dominado por un loco, preferirá la paz a la guerra, especialmente en la era atómica, si puede obtener por medios pacíficos lo que necesita. La cuestión clave, pues, no es si prefiere la paz a la guerra, sino saber si sus fines pueden ser obtenidos por medios pacíficos. Para responder a esa pregunta es preciso analizar la política de un hombre de Estado, no desde el punto de vista de su sinceridad en el mantenimiento de la paz, sino teniendo en cuenta la compatibilidad de aquella con la preservación de ésta. Kruschew no deja duda respecto a su intención de comunistizar al mundo y es "sincero", desde luego, especialmente teniendo en cuenta la actual distribución de la fuerza militar, cuando dice que desea llegar a ese fin por medios pacíficos, ¿pero qué haría si llegara a convencerse de que el mundo no puede ser comunistizado por medios pacíficos y llegara a la conclusión, aunque fuera errónea, de que la distribución del poder militar había cambiado decisivamente en favor de la Unión Soviética? Esta es la pregunta clave y sin embargo parece haber sido olvidada en medio de la general satisfacción experimentada por la "sinceridad" de Kruschew en cuanto a su deseo de paz.

Al venir a América como campeón de la paz, Kruschew ha falseado también el problema, de otra manera. El que una nación proteja y estimula sus intereses por medios pacíficos no es siempre asunto de elección, ya que puede encontrarse forzada por condiciones subjetivas, especialmente por las creadas por su enemigo, sobre cuyos actos carece de poder. Mi vecino puede destruir mis propiedades y hacerme la vida imposible utilizando medios pacíficos y tal vez mi única defensa sea apelar a la fuerza. Si mi vecino es astuto y yo in-

genuo, bien puede ocurrir que me haga expresar mi confianza en sus intenciones y convenga en que ni él ni yo haremos uso de la fuerza en defensa de nuestros intereses. Y, entonces, o bien me encontraré inerte frente a sus intrusiones o bien resultaré culpable de violación de un pacto solemne. En otras palabras, la simetría de un pacto bilateral encaminado a eliminar el uso de la fuerza, siendo perfectamente equitativo en apariencia, resultará decepcionante y ocultará una asimetría de intereses, desventajosa y quizás desastrosa para la parte que se vea obligada a defenderse por la fuerza o no defenderse de ningún modo.

Esta asimetría de intereses es indudable en las relaciones entre el mundo no comunista y la Unión Soviética. La nueva política extranjera de Kruschev de comunizar al mundo a través del prestigio de la Unión Soviética, no requiere el uso de la fuerza. Incluso lo limita. Porque los conflictos violentos, hasta los de carácter limitado, pueden obligar a la Unión Soviética a comprometer sus recursos para conseguir los espectaculares éxitos sobre los cuales se basa su política de prestigio. Por otra parte, un conflicto violento de dimensiones y resultados incalculables tal vez no añadiría nada al prestigio soviético y hasta podría ser contraproducente. En tanto que la Unión Soviética puede contar con una sucesión de logros espectaculares que puedan ser explotados para apoyar la expansión de la influencia soviética, no tendrá interés en esforzarse por lograr mediante la fuerza lo que puede conseguir sin ella.

Las mismas consideraciones no siempre serán aplicables al mundo no comunista, ya que éste no podría permanecer indiferente ante la comunización de las naciones neutrales o aliadas por medios pacíficos, como dominación económica, infiltración militar y subversión política. ¿Puede afirmarse que el mundo no comunista debiera pensar en amenazar o utilizar la fuerza, aunque fuera de modo limitado, si no se dispone de otro remedio contra aquella amenaza?

Del mismo modo que la identificación soviética con la defensa de la paz, la insistencia de Kruschev en cuanto a suavizar las tensiones existentes, constituye un arma más al servicio de la política extranjera soviética.

El vecino que se propone arruinarme tiene buenas razones para insistir en la conveniencia de suavizar las tensiones y en la facilidad con que esto podría lograrse, sólo con que yo quisiera prestarme a ello. Lo que el vecino no ha dicho es que no soy yo el responsable de la existencia de esas tensiones y que si estuviera donde debe y atendiera a sus propios asuntos no existirían aquéllas, pues si éstas surgen es debido a que en vez de cuidarse de sus asuntos se entromete

en los míos y en los de todo el mundo. Cuando el entrometido te dice que suavices las tensiones, ten mucho cuidado. Lo que realmente quiere decir es que no te atravieses en su camino. Si Kruschew quisiera cambiar, siquiera mínimamente, los propósitos y métodos de la política extranjera que han originado las tensiones, el mundo comunista podría permitirse suavizarlas en la medida que la modificación de esa política removería la causa que las han producido. Mientras esa política permanezca inalterable, la atenuación de las tensiones equivale, para el mundo no comunista, al desarme psicológico. Cuando a una nación se le advierte que su entierro está próximo es imposible que no esté tensa si desea sobrevivir.

Lo que la atenuación de las tensiones tiene de estado psicológico es aplicable también a la guerra fría como condición objetiva de las hostilidades políticas que amenazan con un conflicto armado. La guerra fría no surgió porque los Estados Unidos quisieran emprenderla y, por lo tanto, no puede ser acabada simplemente porque este país decida ponerle fin. La guerra fría es el resultado de la política expansionista seguida por la Unión Soviética desde el final de la Segunda Guerra Mundial y de la resistencia americana a esa política. Para la Unión Soviética el fin de la guerra fría consiste en detener su expansión, y para los Estados Unidos (a falta de tal cambio en aquella política) consiste en dejar de resistirse a aquella expansión. Lejos de detener la política extranjera soviética en su tradición expansionistas, Kruschew vuelve a pensar en los objetivos ilimitados en que Lenin fundara la suya. Siendo la guerra fría una consecuencia de los conflictos políticos entre el expansionismo soviético y la resistencia opuesta por los no comunistas, la invocación hecha por Kruschew a los Estados Unidos para eliminar la guerra fría, a falta del más elemental progreso hacia la solución de los conflictos políticos, tiene como objetivo real invitar a los Estados Unidos a que dejen de resistirse a la expansión de la Unión Soviética.

La insistencia de Kruschew acerca de la paz, reducción de tensiones y fin de la guerra fría, tiende a debilitar la resistencia del mundo no comunista hacia la política extranjera de la Unión Soviética. Trata también de derribar las barreras psicológicas que, con el estímulo de la resistencia americana, han crecido en países aliados y neutrales contra los halagos y abusos de la Unión Soviética. Mientras los conflictos y la guerra fría mantengan atrincherados a los Estados Unidos contra la nación soviética, las naciones neutrales se cuidarán de permanecer neutrales y los aliados de los Estados Unidos seguirán buscando la protección del poderoso país, único que puede mantener en jaque a la Unión Soviética. Pero una vez que se produzca el apaci-

guamiento de los conflictos y el descenso de temperatura de la guerra fría, puede parecer que ya no es necesario oponerse a la Unión Soviética con el mismo grado de determinación e intransigencia que antes, ya que la Unión Soviética, lejos de desear atacarnos, solamente quiere competir. Esto es lo que muchas naciones neutrales y muchas de las naciones aliadas han estado deseando escuchar y se sentirían felices, como en una especie de revancha, contemplando la paz de nuestra época.

La insistencia de Kruschev en hacer una visita a los Estados Unidos y en llevar a cabo una reunión en la cima sirven para el mismo fin que la profesión de fe pacifista, que el deseo de calmar las tensiones existentes y el de poner fin a la guerra fría. Kruschev no puede ser tan ingenuo como para creer que la cuestión de procedimiento de quién encuentra a quién y dónde, es más importante que los términos sustanciales de un acuerdo, digamos sobre el caso Berlín. Si hubiera querido arreglar ese asunto intimando a la rendición a las posiciones occidentales podía haber presentado su punto de vista a nuestro Embajador en Moscú o a su Embajador en Washington para transmitirlo a nuestro gobierno, o podía haber instruido a su Ministro del Exterior para negociar con los Ministros del Exterior de Occidente con el fin de llegar a un acuerdo aceptable para ellos. Es verdad que existen temas de extraordinario y trascendental importancia que sólo los Jefes de Estado con capaces de afrontar. El caso Berlín no es uno de ellos. ¿Por qué ha insistido tanto Kruschev, entonces, en una reunión en la cima? La respuesta a esta pregunta no tiene nada que ver con los temas fundamentales entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Las reuniones en la cima son el intento directo más espectacular de hacer respetable la nueva política exterior de Kruschev en todo el mundo, desarmando al mundo no comunista en vista de eso y abriendo las puertas para su éxito en los países aliados y neutrales. Resulta extraño para aquellos que, como yo, hemos abogado por más de diez años por un acuerdo negociado con la Unión Soviética, como la última alternativa ante la guerra, tener ahora que separarnos de la iniciativa diplomática que, al menos remotamente, ha honrado el principio de la negociación, más en apariencia que en contenido. Las negociaciones son un intento de reconciliar opuestos intereses a través de un proceso de "toma y daca", en el cual ambas partes, o ceden en puntos secundarios mientras mantienen intacto el contenido de su propio interés, o en el cual una parte recibe de la otra compensaciones equivalentes a las que ella concede. Las negociaciones, por lo tanto, requieren, ante todo, condiciones objetivas que puedan llevar a un arreglo; debe haber espacio para maniobrar, para

avanzar, para retroceder, para temas accesorios, para mutuas concesiones. Cuando ninguna de las partes cede una pulgada, las negociaciones son imposibles "priori". Dadas las condiciones objetivas que puedan llevar a un arreglo negociado, ambas partes, para discutir con éxito, deben mantener fuertes sus proposiciones de negociación, con posibilidades de beneficios y con amenazas de desventajas. En otras palabras, deben ser capaces, de acuerdo con la famosa frase de Mr. Acheson, de "negociar desde la fuerza".

La visita de Krushev ha remitido a la posición anticomunista a una ambigüedad extrema y la ha debilitado. Lo que ha sido alegremente acogido como el comienzo de un arreglo negociado parece, más bien, al menos por el momento, el comienzo de un proceso de apaciguamiento que, si no se detiene, puede terminar únicamente con la rendición de las posiciones anticomunistas. Hemos ganado tiempo, indudablemente, pero, ¿para qué? ¿Mantenemos aún la esencial distinción entre los dos tipos de negociación: uno que sólo afecte a temas secundarios, ya que no pueden reconciliarse los temas fundamentales, y otro que intercambie intereses?

Las negociaciones han dejado de ser un fin en sí mismas, tanto como han dejado de ser paz, atenuación de tensiones y fin de la guerra fría. Lo decisivo son los temas fundamentales que no han sido arreglados y que mantienen la perturbación de la paz y que crean tensiones y deben ser resueltos mediante negociaciones. Ninguno de esos temas se ha aproximado a un arreglo aceptable por la visita de Krushev y todos ellos han resultado oscurecidos. Hemos cooperado con Krushev creando esa niebla de distorsión y de ilusión, irremediablemente por nuestra parte; por un designio premeditado por parte de él. Desde esa nebulosa, el astuto vulgar y testarudo del Este, contempla al gigante de Occidente. Espera la grieta en la armadura de ese gigante, el talón de Aquiles que determine su debilidad. Hemos de creer a Krushev cuando nos dice que, por ahora, nos trae la y no la espada. Pero espada o no, ha hecho bien claro su concepto de la paz: la paz que pretende Krushev imponernos es la paz del cementerio. Y diga y haga lo que quiera está decidido a lograr nuestro asentimiento para esa paz.

Es inevitable la conclusión de que el cambio ocurrido en las relaciones internacionales recientemente, y que parece que ha de mantenerse en lo futuro inmediato, puede constituir un cambio en los métodos de la guerra fría, pero no significa en modo alguno su conclusión. Esta verdad fundamental debe ser aceptada plenamente por todas las naciones que resisten a la conquista mundial por el comunismo. Deben adoptar, en su política exterior y en sus métodos, las



nuevas tácticas de la política exterior soviética, sin olvidar jamás que lo que ha cambiado son esas tácticas, pero no el propósito final de la Unión Soviética. El mundo anticomunista entra en un período de mayores oportunidades y de mayores peligros. Las oportunidades las da la nueva flexibilidad de la política exterior soviética. Los peligros residen en su nueva astucia y en su nueva insidia.